

PRESENTACIÓN

La antropología como actividad científica no es ajena al entorno social y cultural en el que surge y sobre el que incide de múltiples formas; las ciencias llamadas "duras" pueden pretender neutralidad y academismo puro; sin embargo, las ciencias sociales y las humanidades se entraman densamente con su momento histórico, como lo sugieren de muchas maneras los temas, los métodos y las teorías puestas en juego en la producción antropológica. Este volumen bien puede verse así.

Es evidente que en este tiempo vivimos un resurgimiento de los pueblos indios del continente americano, quienes luchan por el reconocimiento de sus derechos históricos y de sus lenguas y culturas, así como por una autonomía que les otorgue su lugar en el seno de sus respectivos estados nacionales y los haga partícipes, protagonistas, de las decisiones que los afectan. Su movimiento apunta a la refundación de las naciones americanas desde la pluralidad. Esto los lleva a denunciar y oponerse al llamado "Encuentro de Dos Mundos", por expresar la continuidad de una ideología y de condiciones socioeconómicas que apuntan a la destrucción de los pueblos indios.

La voz viva y vibrante se nos transmite en dos documentos elocuentes, que consignamos en nuestra sección de "Información"; por una parte, la **Declaración de Bogotá**, resultado del "Encuentro Latinoamericano de Organizaciones Campesino-Indígenas", reunido del 7 al 12 de octubre de 1989 en la capital colombiana, y del que surgiría la "Campana de los 500 años de Resistencia Indígena y Popular".

Por la otra para 1990 la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, una de las más combativas organizaciones indias del continente, auspiciaría el "Primer Encuentro Continental de Pueblos Indios", del 17 al 21 de julio, y emitiría la **Declaración de Quito**, en donde se pugna no sólo por crear una nueva nación, sino también por el reconocimiento de los pueblos indios en la legislación internacional.

Frente a este panorama que exige una reconsideración de las maneras en que se definen histórica, cultural y políticamente a los pueblos indios en el marco de la nación, resulta sugerente y aleccionador el ensayo de Jacques Galinier, quien denuncia esa "etnografía de superficie" que sólo veía

proletarios en los trabajadores indios, pero cuya cosmovisión revela profundos anclajes en una historia milenaria, como nos lo muestra con un notable rigor.

Ello se advierte e implica en las propias lenguas amerindias, testimonio inegable de dicha continuidad milenaria, a las que no acabamos de conocer en su inmensa diversidad y variabilidad, como lo deja ver el artículo de Yolanda Lastra dedicado a proponer un nuevo nombre a una de las variedades del náhuatl, lengua que por su número de hablantes y por su presencia en la historia cultural de México ocupa un primer lugar. En este mismo campo de la lingüística antropológica, Adalberto Salas, estudioso chileno, propone un esquema analítico que margina a los indios chilenos de la lengua nacional, el español. Es decir, no les reconoce influencia alguna. Sin embargo, la historia misma de Chile muestra un largo e intenso proceso de mezcla que generaría una nueva nación con un innegable componente indio, a pesar de la propia historia y cultura oficiales. Esto, me parece, abre una muy interesante discusión.

Pero no cabe duda de que la cultura de los pueblos indios mantiene patrones antiguos, cargados de un profundo saber, que se mantienen hasta nuestros días e influyen marcadamente en la cultura nacional, como lo muestra sabrosamente el ensayo de Esther Katz y Luis A. Vargas sobre la alimentación de los pueblos mixtecos.

El desarrollo histórico y la presencia, punzante por sus condiciones socioeconómicas y políticas, de los pueblos indios han generado un espacio ideológico y cultural en el que surgiría la antropología en México. Un capítulo fundamental, que se muestra en muchas de las características actuales de esta antropología, sería la fundación de diversas instituciones durante el régimen cardenista, como la del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), del Departamento de Asuntos Indígenas (DAI) y del Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas del naciente Instituto Politécnico Nacional (IPN). La celebración de los respectivos aniversarios ha propiciado la redacción de tres ensayos de honda cala que presentamos en este volumen.

Por una parte, al celebrarse los 50 años de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), situando su origen en el citado Departamento del IPN, las autoridades abrirían un concurso entre los estudiantes para solicitar contribuciones originales con respecto a la historia de la ENAH. El ganador fue el ensayo que aquí nos ofrece Rodolfo Coronado, pasante de antropología social en ese entonces; trabajo elaborado a base de entrevistas entre los fundadores y maestros de esta institución, una de las más importantes en la formación de antropólogos profesionales.

La celebración de los 50 años en el INAH, a su vez, daría pie a Luis Vázquez, investigador del mismo, a una bien documentada y sólidamente apoyada reflexión que muestra, incisivamente, el gradual dominio de la burocracia sobre las áreas sustantivas, fundamentalmente sobre la investigación; lo que lleva al autor a hacer una propuesta orientada a remediar tan lamentable situación.

El tercer ensayo, escrito originalmente para contribuir a la celebración de los 40 años del INI, que reemplazaría al DAI en el eje de la política indigenista estatal, nos da una perspectiva ciertamente densa y crítica del desarrollo y de las actividades de esta institución. Comprometido con la causa indigenista y participante activo en posiciones que irían desde la de investigador de campo, director de centros coordinadores y director general del INI, Salomón Nahmad es destituido y encarcelado por un golpe generado en las propias entrañas del aparato estatal. Sus opiniones, su narración y los datos ofrecidos constituyen un valioso aporte a la discusión sobre la política indigenista y sobre el papel y la responsabilidad que cabe a los antropólogos.

Los tres ensayos son contribuciones sobresalientes realizadas desde el interior de las propias instituciones, con un espíritu crítico y constructivo. Si bien es cierto que son un tanto autobiográficos, con sus respectivos matices, cada uno despliega una bien construida estrategia de investigación y adopta una perspectiva amplia que obliga a situar tales experiencias en los campos de la historia y la política de la ciencia.

En fin, todos los ensayos de este volumen reflejan tendencias y variantes de la antropología mexicana, sin descuidar sus conexiones con lo que sucede en otros países latinoamericanos y en las naciones centrales que hegemonizan la teoría y la difusión de la antropología. Pero también se articulan en el acontecer universitario, no sólo por el carácter que tiene como tal el Instituto de Investigaciones Antropológicas, sino por lo que constituye el más amplio contexto de la UNAM, que en este año de 1990 cierra un importante proceso de discusión y de transformación al celebrarse el Congreso Universitario, propuesto en el activo y generoso movimiento que surgió a raíz del proyecto reformador de Dr. Carpizo, anterior rector de nuestra Casa de Estudios, y que habría de culminar la administración del Dr. José Sarukhán, nuestro actual rector. Las consecuencias de este importante acontecimiento es algo todavía abierto al futuro. Lo cierto es que en ese marco particular se inscriben las reflexiones que reunimos y ofrecemos al lector de nuestra revista.

Andrés Medina, editor.